

# Crónicas de Tlatelolco

P O S T A L E S

TLATELOLCO  
centro cultural universitario



  
culturaUNAM



UNAM  
La Universidad  
de la Nación

## Presentación

Tlatelolco guarda las historias de todo el que lo ha recorrido y, cuando tuvimos claridad de eso, nos encargamos de revivir algunos de sus rincones a través del proyecto *Crónicas de Tlatelolco*. Para ello, creamos un taller de 11 sesiones de producción literaria con el fin de reactivar algunas historias que terminaron alojando fantasmas, amor, sonidos, desamor, voces, amistad, angustia, juegos y recuerdos que ahora forman parte de la historia de Tlatelolco.

Planeamos tres pasos para compartir el proyecto. Primero, la creación de crónicas literarias dentro de un taller. Segundo, un *Recorrido por el barrio* para compartir postales e imágenes de siete personas que contarán sus historias. Y tercero, la publicación de los textos, pues queremos revivir, resguardar y visibilizar los relatos que ha escondido Tlatelolco a través de los años.

**Jimena Jaso y Liliana Pesina**

**Coordinadoras del Proyecto**

## Índice

<i>Dibujos sonoros de Tlatelolco</i> de Fernando Alberto Maya Ríos	p. 1
<i>Tlatelolco y yo</i> de Ivonne Ojeda Rosete	p. 5
<i>Los fantasmas del 502</i> de Leonte César Paz Cabrera	p. 12
<i>Metro Tlatelolco</i> de Juan Roberto Juárez Infante	p. 15
<i>Las hermanas Cano en los montículos de arena</i> de Juan Rey Lucas	p. 23
<i>José Antonio Torres</i> de Martha Francisca Medina Austria	p. 27
<i>Semanario de amor en Tlatelolco</i> de Rubén Frola Jaime	p. 31

## Dibujos sonoros de Tlatelolco

Una gotera en el baño me mantuvo despierto noventa y seis horas, con lapsos de sueño en intervalos de tres gotas cada dos segundos. De Jueves Santo a Domingo de Resurrección, lloraba en continua agonía durante el día, mientras que de noche se metía debajo de mi edredón de jaguar, me sacudía entre las sábanas, me volteaba de un lado a otro, se burlaba de mí y no me dejaba dormir.

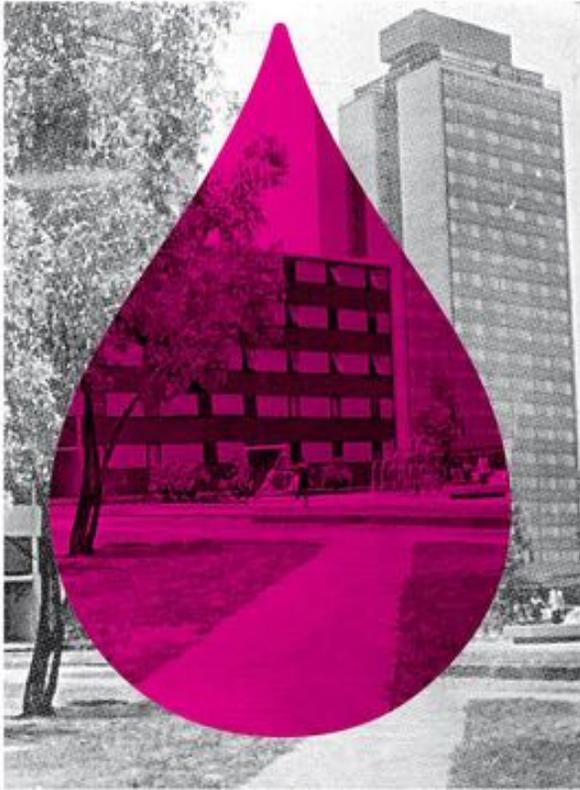
El plomero, chaparrito, de barriga prominente, cuello corto y casi inexistente, y de un rostro tan anónimo como cualquier rostro del metro en hora pico, trabajó el jueves sin éxito. Me dijo con su voz gangosa: *«Uy, joven, tengo qu'ir a comprar unas piezas, más o menos vanaser como setecientos varos, pero tengo un valedor que me las puede mercar más bara. Si lo encuentro, ya chingamos, deme unos quinientos pesos, y, si es más, nomás que regrese nos ponemos a mano»*. Lo miré a los ojos. Al principio desconfié, pero, como un caballero, me dio su palabra de que regresaría. Creí en él. Le entregué el dinero cuando el día no acababa de irse y la noche no llegaba todavía. Se oyó el ladrar de los perros entre el abrir y cerrar de las puertas de los vecinos cuando se fue. No regresó. Debo de confesar que no comenzamos mal, escucharlo todas las mañanas siempre en la misma esquina del edificio Tamaulipas, me hacía sentir que había en la Unidad algo inamovible en qué confiar, no como esa grabación que promete tamales oaxaqueños de pollo que jamás alcanzo.

Confiar en que un plomero trabajara en Semana Santa, en un país donde el noventa por ciento de los hogares cuentan con un cuadro de la última cena, es igual que masturbarse: primero estás alegre y funciona, pero después te das cuenta de que eres un imbécil. Algo me decía que las noches engendradas así serían eternas.

La mañana del Viernes Santo, me consolaba escuchar a los vecinos más agradables mientras se daban los buenos días. Un coro de tórtolas, palomas y zanates, con sus cantos intermitentes y coloridos, se apoderó del cielo de la mañana. Las aves lo hicieron suyo, y no hubo nada más que pudiera competir con ellas, sus melodías vibraban dentro de los departamentos, fluían, atravesando el despertar desnudo y callado de los cuerpos que se preparaban para iniciar el día.

Por la tarde, mi vecina de arriba sufría en silencio, es decir, con un estrépito que se oía a cinco kilómetros, entre el concierto de Jenny Rivera, las canciones de Paquita la del Barrio y los gritos agónicos de Amanda Miguel, me preguntaba

quién le habría hecho tanto daño. Para cuando llegó a Carla Morrison, hasta yo odié al cabrón.



pedras que sólo se apaciguan con sangre.

Ese día, el plomero tampoco llegó. Al caer la noche, el silencio era tan puro que hasta un suspiro lo empañaría. Estaba camino al baño, cuando una alarma seguida de una voz metálica de mujer repitió dos veces: «Prueba de sonido, prueba de sonido»; las bocinas del C5 y el golpe en el estómago me recordaron el silencio de la noche del 19 de septiembre de hace dos años; los estacionamientos estaban tan vacíos como lo estaban los edificios. Vivimos en departamentos construidos sobre arenas movedizas, con pasillos de mosaico veneciano, la esperanza se nos cayó desde lo alto de la catedral: construimos ignorando sagrados ritos, y cada tanto descubrimos que hay

¡Oh, gota mística, agua de astros, grieta en la roca, esplendor en la sequía, tartamudeo de agua, virgen húmeda, lujo de Iztapalapa!, apiádate de los desesperanzados, detén el valle de lágrimas al que nos condenas. Cuando el silencio se empapaba de luna llena, mi gotera oficiaba sus misterios dolorosos desde el baño sobre las ruinas del puerto de una ciudad sin mar.

La noche del Sábado de Gloria, aquí, desde donde se yerguen los jaguares, se escuchaban a los Halcones pasar en motoneta —la violencia está en el alma de esta ciudad, no necesitas salir a buscarla, ella se anuncia con un estéreo de tres bocinas—. A lo lejos, alguien estaba llevando serenata: Pedro Infante, cantándole a tres millones de ventanas; entre el metro Guerrero y La Raza. El amor se abre paso.

¿Cómo es mi rostro? Como el tuyo. Imagino mi rostro como debe lucir el fracaso cada mañana. Todas las noches batallaba con la noche, nada como la

ácida experiencia de dormir a medias para comenzar a sentir cómo el cuerpo cede al cansancio, al calor y al sueño; cuando los párpados se ponen pesados, el cuello se relaja y el cuerpo siente ese cálido fluir del sueño regalando su abrazo. Era Domingo de Resurrección cuando un infantil timbre agudo de una grabación se escuchaba fuerte y claro, proveniente del estacionamiento que hay entre el edificio Colima y el Tamaulipas.

Ya sea por un tono específico, o por un verso en particular, hay sonidos que son muy característicos de aquí. No conozco a nadie que no haya escuchado ese lento y cadencioso tesoro de la cultura nacional que, a través de un megáfono, repite: «Se compran tambores, refrigeradores, microondas, estufas, lavadoras o algo de fierro viejo que vendan». En esta ciudad todo se recicla, excepto el agua.

El Domingo de Resurrección, el sudor corría por mis extremidades, su saliva descendía lentamente por mi cabeza; el cuerpo iba cediendo al cansancio, al sudor y a la locura cuando el sonido de un timbre se sintió como el aire de *La Rosa de Guadalupe*. En una ciudad, donde la gente tiene confianza en una pollería sólo porque tiene un retrato del Papa, nada es imposible: con mochila y caja de herramientas en mano, el plomero, de cuyo nombre no quiero acordarme, esperaba tras de la puerta. Abrí y entró como Juan por su casa. No paraba de hablar y de sacar herramientas, y me mantenía ocupado pidiéndome no sé qué tanto para que no le preguntara nada. De todos modos, no me quedaban ganas después de percibir el aliento aguardentoso que traía.

¿Cuánta presión necesita una bomba para subir agua a un onceavo piso? Según los cálculos del plomero, un chingo. La alcoholizada voz del Bukowski fontanero dijo desde el baño: «'Hora sí ya quedó, jefe». Eran las ocho de la noche, los cuerazos de agua habían cesado. «Nos fue bien. Nomás me debe cien pesitos». Le pagué, después estreché su mano, la tenía seca y firme.

Afuera comenzaba a llover. Mientras, adentro, el departamento quedaba inmerso en un silencio que me pareció igual de insoportable que la gotera. El vacío y la percepción de la soledad fue tan grande como mi bostezo. Se me vino una melancolía como de domingo y, con ella, una pesada ola de sal húmeda a la región de la nariz y los ojos. Como último acto de gracia, antes de dormir, agradecí a la gotera, que, como chamán, me hizo oírlo como quien oye llover. Ni atento ni distraído, me había mantenido todo el día entre voces y ruidos que entraban, que surgían a mí alrededor, que florecían, que formaban huertos, que creaban un ámbito envolvente, que navegaban interminables rutas de asfalto, que se disolvían

en ritmos frenéticos, que producían sensaciones de lejanía o proximidad, de profundidad y perspectiva sonora.

Para el ciego de nacimiento, el espacio no existe si no produce sonidos. Así me siento, un ciego que vive en una ciudad, que sólo es amigable si no tienes que llegar de un punto a otro, donde es muy fácil perderte. Y tal vez eso sea lo que necesito, perderme, no recordar cosas básicas como que vivo en la Ciudad de México, en Tlatelolco, en el edificio Chihuahua, en un departamento donde suena John Coltrane, mientras un perro no ladra, chillá.

Fernando Alberto Maya Ríos

## Tlatelolco y yo

¿Dónde iniciar mi crónica? La última vez que regresé a Tlatelolco, en 2018, todo fue apuntando a que pertenezco aquí, de una forma tan mundana, como una pelotita de goma atada con un hilo de resorte a una raqueta de plástico, o de una forma tan espiritual como un cordón umbilical... ¡No! Más bien, como las raíces de un árbol, que, por períodos, han sido trasplantadas a terrenos y climas desfavorables, y alguna deidad al notar esto, decidió devolverme al lugar del montón de arena.

Podría escribir del miedo que sentí cuando enseñé a mi primer hijo a aventarse de la resbaladilla más alta; de los sábados de Gloria; del cuadro de los artistas; de las navidades o los días de la Independencia; de la enorme feria en la plaza; de brincar por las azoteas; de cuando se robaron mi bici; de crecer con Estela; del kínder; de la primaria; del cadáver del pato en el techo de los lavaderos, donde el cabrón de mi hijo se escondía para no ir a la escuela —sólo para ser descubierto por el helicóptero del noticiero matutino—; de las tiendas y restaurantes del Chihuahua, Tamaulipas y Nuevo León<sup>1</sup>; del terremoto, de las pistas y los pasteles de lodo; de los insectos; de las palomitas y los merengues; o de mi papá y mi mamá.

### Don Carlos

En la esquina del Chihuahua, que apunta a Flores Magón, había una fonda, cuyo dueño era un hombre muy alto y corpulento, y el color de su piel hacía resaltar el blanco de sus dientes. Todos los días vestía de traje y usaba el cabello relamido hacia atrás —por mucho tiempo pensé que era Pedro Vargas—. Sonreía cuando nos veía llegar, era muy amable. Después de la comida, mi mamá y él fumaban durante una plática que parecía eterna. Creo que empezamos a ir todos los días a la fonda, porque mi mamá estaba enferma y no podía cocinar. El lugar siempre estaba lleno y olía a tortillas recién hechas y a caldo de pollo. Algunas veces nos teníamos que sentar separados. Odiaba si me tocaba en la barra pegada a la pared del fondo: era como estar castigada.

A la izquierda junto a la cocina, estaba Carlotita, tan bajita como su nombre, de cabello muy largo y gris —lo recogía en una trenza—, de ojos pequeños y redondos —brillaban mucho—, y toda su cara reflejaba una sonrisa constante. El

---

<sup>1</sup>Edificios de la Tercera Unidad, en Tlatelolco.

trabajo de Carlotita era hipnotizante: de una montaña de masa formaba cientos de esferas del mismo diámetro, tomaba una bolita y, como aplaudiendo, le daba la forma correcta, a la que después mecía en sus manos, en un vaivén de izquierda a derecha, y la arrojaba sobre el enorme comal en el momento preciso. Por las noches, ese comal estaba en la entrada de la fonda, donde Carlotita preparaba deliciosas quesadillas.

Cuando murió mi mamá Cuca, desfiló mucha gente por el velatorio —a muchos los conocía sólo de vista—. Allí estuvo don Carlos, quien lloró tanto que tuvo que apoyar un brazo en la pared de madera para poder sostenerse. En aquel entonces, yo, de nueve años, tenía la tarea de llevar a comer a mis hermanos, de ocho y cinco años, a la fonda. A veces mi papá nos alcanzaba, otras veces llegaba a pagar la cuenta.

Mi papá era inconfundible, siempre llevaba boina de gachupín; zapatos bostonianos, chamarra de piel, con muchos cierres y broches; además de una petaca de forma cilíndrica, atada a su cinturón. Todos en el Cuadro lo conocían. Mi papá tenía una moto BMW, y los niños se peleaban por tener el privilegio de hacer el recorrido en forma de L sobre de ella, desde el Cuadro<sup>2</sup> hasta la pluma del estacionamiento; tres o cuatro eran los afortunados todos los días.

## Guerras floridas

Las copas de los árboles alcanzan la elevación de los edificios —ahora es fresco y con sombra—. En ese entonces, todo era más brillante, nada se interponía entre el sol y las escenas cotidianas.

Un sábado, en la barda que está hecha de cúmulos de rocas de río, para delimitar las áreas verdes, justo saliendo de la entrada, estábamos los cinco de siempre: mi hermano, mi hermana, Estela, Santino y yo, armados con esferas coloridas de látex rellenas de agua, dispuestos a celebrar el fin de la Semana Santa, como el dios mexicano manda. Recuerdo todo: brincoteando internamente de gozo.

---

<sup>2</sup>Cuadro: área de juegos entre tres edificios. El Cuadro de los artistas se encuentra entre los edificios Durango, Chiapas e Hidalgo.

Desde allí veía el Cuadro<sup>3</sup> como un escenario. A la izquierda se encontraban los juegos, el piso estaba formado por rectángulos de color pastel, en diagonal tres columpios pequeños colgaban de un arco. Más allá había un gusano y, perpendicular a este, los aros; y pegada al andador, la resbaladilla de caracol. Del lado derecho se hallaba una pequeña explanada, de piso de adoquín, donde siempre se jugaba fútbol, y en la esquina inferior derecha estaba una asta bandera, con cuatro bancas —supongo de cemento— en forma de prisma rectangular, de bases negras y de cubiertas blancas, como la tapa de una caja. Los grandes, cuando andaban de malos, levantaban y quitaban esas tapas.

Aquel sábado los grandes, veloces y ágiles como felinos salvajes, se deslizaban por todo el Cuadro. La estrategia era ir sobre uno a la vez. El prisionero era recostado sobre una de las bancas, que en ese momento figuraba ser una piedra de sacrificios; unos sostenían en cada esquina una de las extremidades del prisionero, y los demás clavaban sobre su pecho expuesto cascadas de agua provenientes de cubetas.

A la par y en los albores de nuestra batalla, aparecieron dos policías, queriendo decomisar nuestro arsenal. El miedo nos paralizó, mismo miedo que hizo que mi hermana más pequeña diera aviso a mi mamá, quien de inmediato bajó a abogar por nosotros. Después de unos minutos de una batalla verbal —recuerdo con detalle, como anunciación divina—, aparecieron las palabras de mi mamá: «A ver, denme unos globos», nos dijo. Los policías empezaron a retroceder. Mi mamá, caminando lento y como diosa mitológica, asedió a la autoridad hasta el andador, justo detrás de la otra batalla, donde, a quemarropa, bautizó sus uniformes.

### Vértigo

La pista roja, un camino de grandes azulejos cuadrados, era excelente para patinar. Iniciaba en el parque de Santiago y pasaba por los Tecpan<sup>4</sup>, una fuente y el mural de Siqueiros; sobre Paseo de la Reforma. Algunas tardes, nos recostábamos en el pasto, en la base de las suites Tecpan, para mirar al cielo. A diferente velocidad, veíamos pasar heterogéneas figuras de algodón; cuando iban más rápido, gritábamos, llevando nuestras manos sobre el estómago, tratando de mantener quietas nuestras entrañas, para mitigar el mareo.

---

<sup>3</sup>Cuadro: área de juegos entre tres edificios. El Cuadro de los artistas se encuentra entre los edificios Durango, Chiapas e Hidalgo.

<sup>4</sup>Tecpan: torres de departamentos que funcionaban como hotel de lujo.

En la planta baja de una de las torres, había un cabaret —palabra de la que desconocía su significado, pero que, claramente, representaba algo malo o prohibido, lo que la hacía más atrayente—. Todo a su alrededor eran ventanales de cristal, muy altos, cubiertos por cortinas larguísimas, pesadas y gruesas, como de terciopelo, el lado que daba afuera era beige, descolorido por el sol, y el otro lado, oscuro —creo de color vino—. A veces no cerraban completamente alguna de las cortinas, dejando una rendija por donde, por turnos, espiábamos, mientras el sol deslumbraba afuera. Adentro era muy oscuro, había sillas y mesas; no sé si alguna vez vi o imaginé una muchacha con poca ropa y muchas plumas.

Un día, entre las cortinas, apareció un hombre de traje, enorme, gordo y calvo; su expresión nos hizo huir en un grito, a toda velocidad. Fue la última vez que nos atrevimos a asomarnos.

### **Cuadro de los artistas**

Hay varias razones para llamar así a nuestro Cuadro, cada quien tiene la suya; así que yo contaré todas las que sé. La versión más fuerte, que también es la mía, es que en el Cuadro se inició el proyecto de la obra de teatro *Jesucristo Superestrella*, que se representó muchísimas veces en el teatro del club Antonio Caso. Nunca me perdí una función cuando era pequeña, y me impactaba que conocía a los actores, eran mis ídolos. Muchos eran vecinos de mi edificio, todos eran *tlatelolcas* y pasaban las tardes en el Cuadro. Además, dos vecinos de la entrada G, mi entrada, y otro de la F, del edificio Estado de Hidalgo, ganaron el concurso de baile del programa *Fiebre del sábado por la noche*, con Fito Girón, aún los recuerdo metiendo a la entrada la moto que habían ganado. La actriz Leticia Perdigón vivía en el departamento de enfrente. A principios de los años ochenta, se filmó la película *El día del compadre*. Esos eventos, o alguno, le dieron y mantuvieron el nombre de nuestro Cuadro.

A la fecha, en el baño hay una sillita que utilizábamos para subir a ver el Cuadro por la ventana, aunque ahora los árboles se cruzan en el camino. Un día pasé mucho tiempo en esa silla, esperando a mi mamá Cuca, que había ido a la Segunda Sección porque a mi hermano le habían robado una bicicleta Vagabundo de color rojo. Él sabía quiénes se la habían robado y dónde vivían. Me preocupé por mi mamá, estaba muy delgada, notaba que se sentía mal; aun así, había dicho: «Aquí se quedan todos». Me desesperaba la espera, pero la vista desde la ventanita me daba consuelo. De repente, vestida con un conjunto de blusa y falda negra con flores moradas, mamá Cuca apareció; le costaba mucho arrastrar la bici.

En el Cuadro jugábamos por temporadas: una era de canicas, la siguiente de carreterita, después de yo-yo, y le seguía la del trompo. Por otro lado, las posadas eran espectaculares: con velitas, con las que quemábamos el cabello, y colación. Los vecinos de los tres edificios cantábamos la letanía, y la recompensa del trayecto: las piñatas, ¡muchísimas! Alguien sobre la resbaladilla de caracol y otro sobre los aros las sostenían. Por esas mismas fechas hacíamos guerritas de luces de bengala, se formaban batallones integrados por los grandes, que incluían a los pequeños. Nosotros aprendíamos las tácticas de ellos y también nos cuidaban. Las trincheras se encontraban detrás de las bardas. Agazapados, los grandes nos instruían en cómo cargar nuestras armas:

Paso 1: doblar en forma de ganchito el final del alambre de la luz de bengala.

Paso 2: colocar una liga entre el dedo pulgar y el índice de la mano izquierda.

Paso 3: encender la luz. (Para este paso, algún osado tenía un cigarro encendido, otros usaban cerillos, y otros, un encendedor; sin embargo, la mayoría utilizábamos un sistema autofabricado de encendido sofisticado, adherido a un lado de nuestros zapatos. Este sistema consistía en que a la colilla de un cigarro se le quitaba el recubrimiento de papel, el cual se situaba a un costado de la suela del zapato —para lo siguiente había que ser diestro y experimentado para evitar quemarse—, se encendía un cerillo con el que se prendía la colilla que empezaba a derretirse sobre el zapato, de inmediato se debía pegar la parte como de lija de la cajita de fósforos sobre ella, creando así lo último en tecnología, con eso encendíamos directamente cerillos o cohetes, lo que era de gran ayuda, ya que la velocidad para encender y lanzar las luces era un factor importante para ganar las batallas.)

Paso 4: ubicar la luz ya encendida por la parte del gancho, sobre el lado externo de la liga.

Paso 5: jalar la luz.

Paso 6: apuntar.

Paso 7: disparar.

Una vez, en un descuido entre el paso cuatro y cinco, se encendió la liga, que comenzó a derretirse, haciendo que se pegara la luz sobre la palma de mi mano. No hubo manera de apagarla, tuvimos que esperar hasta que se consumiera. Ya no recuerdo el dolor, pero tengo presente la ampolla del tamaño de mi mano que tuve por un mes.

En otra contienda, nuestra posición estratégica nos daba todas las ventajas. Los de la entrada G, del Estado de Hidalgo, quedábamos a la orilla del edificio, mientras que los grandes, desde la azotea, atacaban a los que estaban abajo, en el Cuadro. Nuestra estatura, la de mis hermanos y la mía, comparada con la barda, nos mantenía al margen de la batalla; aun cuando permanecíamos en el piso, cuidando unos pollitos que nos habían regalado por el aniversario del Mercado de la Lagunilla. De repente, surgió la voz de alarma, venía la policía. Todo era caos. Yo trataba de recoger los pollitos y sus cobijitas, y creo que mi amor platónico tomó a mi hermana más pequeña. Comenzaron a correr sobre las jaulas; escaparon saliendo por otra entrada. Mi hermano y yo, abrazando los pollitos y acompañados de los vecinos del departamento de abajo, empezamos a bajar por las escaleras al igual que los combatientes. Supongo que la escena pareció inofensiva para los policías, que pasaron a nuestro lado a toda velocidad, ignorándonos.



### **Ha sido un privilegio**

Corríamos por las ruinas cuando no había rejas. Muy pequeños nos escapábamos hasta el puente rojo ¡sin perdernos! Los domingos mi papá nos llevaba al Castillo y nos compraba helados en la Danesa 33; él siempre pedía de ron con pasas y yo de café. Parecía que habitábamos un lugar de lujo, con fuentes por doquier y con todo y patos. Jugamos frontón en los muros donde está el mural de Siqueiros.

Debajo del uniforme de la primaria llevábamos el traje de baño, pues, saliendo de la escuela, íbamos directo a la alberca del club Antonio Caso, ahí vimos ocho millones de veces *Jesucristo Superestrella*; por las tardes Jesucristo y todos los demás jugaban fútbol en el cuadro. La viruela y el sarampión nos hicieron los mandados porque habíamos adquirido anticuerpos de tanto hacer pasteles de lodo. Atábamos jicotillos a un hilo para tenerlos de mascotas voladoras. El kínder era el lugar más hermoso con la maestra más hermosa, Martha Alicia. Los jardines eran tan verdes. Había un salón de cantos y juegos ¡con un piano y con la pianista más viejita del mundo! Tuvimos perros en común: la Uva dio a luz a sus perritos dentro de una casa de campaña al pie del edificio, frente al cuadro. Santa Claus tocaba a la puerta para tomarse fotos con nosotros.

Esto y muchísimo más me ha dado Tlatelolco.

Ivonne Ojeda Rosete

## Los fantasmas del 502

La Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco es un lugar místico y milenario, donde han surgido leyendas de sucesos sobrenaturales que no tienen explicación alguna. Tiene infinidad de historias. Las fechas más sobresalientes surgieron a raíz de los eventos de la Conquista, así como en los años de 1968 y 1985. Por su pasado, Tlatelolco es visitado por turistas tanto nacionales como extranjeros, donde los guías narran los acontecimientos ocurridos en este sitio.

Los hechos que a continuación relato han sucedido desde 1986, cuando mi esposa y yo adquirimos el departamento 502, ubicado en el quinto piso del edificio Guanajuato, en la tercera sección de la Unidad Tlatelolco. El departamento es muy pequeño, de aproximadamente 45 m<sup>2</sup>, idóneo para recién casados o una sola persona. Consta de estancia, comedor, cocina, baño y una recámara; tiene un ventanal grande en la estancia, donde se disfruta la vista del Jardín de Santiago y, de fondo, se mira el centro de la ciudad.

La primera familia que habitó el departamento fue una prima de mi esposa, llamada Isabel, con sus tres hijos. Un día de mayo, Isabel nos invitó a cenar para celebrar el Día de las Madres, era sábado, y nos esperaba a las ocho de la noche. Cuando llegamos, sentí algo extraño, pero no comenté nada; no le di importancia. Los hijos de Isabel habían salido con sus amigos, y estábamos sentados en la sala, platicando, cuando mi esposa le preguntó que cómo le iba y si estaba a gusto en el departamento; ella contestó que sí, sólo que algunas veces sucedían cosas extrañas. A las nueve de la noche se sirvió la cena.

Ya sentados en el comedor, Isabel, con la vista hacia la puerta, dijo: «Si voltean discretamente hacia la pared donde están colgadas las llaves, verán que éstas se están moviendo de un lado a otro, como si alguien las estuviera jugando». Mencioné que podía ser por los movimientos del edificio o alguna corriente de aire, sin embargo, Isabel señaló que no era así, ya que siempre pasaba este fenómeno. Seguimos platicando y, al poco rato, se escucharon los aullidos de los perros de los vecinos. La puerta de la cocina se abrió, como si una persona la hubiera abierto; nos quedamos impactados, pues esa puerta solamente se puede abrir empujándola, puesto que es una puerta abatible y requiere de fuerza. Mi esposa y yo nos volteamos a ver sintiendo miedo.

Poco tiempo después llegaron corriendo sus hijos y abrieron la puerta del departamento, venían muy agitados. Les pregunté qué les había pasado y me

respondieron que, al salir del elevador, en el sexto piso, vieron a un monje caminando hacia ellos, pero no se le veían los pies y la cara. Salimos todos del departamento y fuimos al sexto piso para ver si encontrábamos al monje, y, sin tener éxito, nos regresamos a terminar de cenar. Con estos acontecimientos nos dieron la una de la mañana. Cuando nos despedimos para retirarnos, teníamos mucho temor de encontrarnos con el ente.

En otra ocasión, mi hija Lilyana, recién casada, se fue a vivir al departamento. Antes de ocuparlo, y conociendo lo que ocurría, llevó a un sacerdote para que lo bendijera. Sin embargo, cierto día, ella y Javier, su esposo, comentaron que, una noche al acostarse y antes de disponerse a dormir, en la madrugada, escucharon que de la pared salían gritos y lamentos de personas que decían que estaban heridas. Gritaban: “Espérenme, no me dejen, ya voy, ¿dónde están?”. Fue tanto el murmullo que no les permitió dormir. Al principio pensaron que eran los vecinos de arriba, pero cuál sería su sorpresa cuando el administrador les dijo que no estaban los dueños, que el departamento estaba desocupado. De ahí en adelante todas las noches rezaban antes de acostarse. Si eres ateo y quieres vivir en el 502, tendrás que pasar al cristianismo.



También contaron que, cuando dejaban objetos o dinero en la mesa, desaparecían, y que días después aparecían en otro lugar. A pesar de todos esos

fenómenos, siguieron viviendo allí hasta que la familia creció y tuvieron que mudarse a un departamento más grande.

Los penúltimos que vivieron en el departamento fueron unos amigos de mi hijo César, Mauricio y Erika, también recién casados. Ellos lo habitaron solamente dos años. Durante su estancia nunca se tuvo queja o comentario de algún suceso sobrenatural, hasta el día que nos entregaron las llaves. Erika comentó que una noche, como a las 10:00 pm, estaban cenando, cuando Mauricio le dijo que veía a un hombre caminando por fuera de la ventana. Ella estaba sentada de espaldas a la ventana y Mauricio le decía: «Voltea y mira». A lo que ella contestaba: «Cómo crees que sea cierto, si estamos en un quinto piso. ¿Quién podría caminar afuera de la ventana?». A tanta insistencia de él, Erika volteó, pero no vio nada y, como él es muy bromista, no le creyó.

En la actualidad, quien habita el departamento es mi hijo, y le he preguntado si ha visto algún suceso anormal, pero él dice que no ha visto ni escuchado nada. Ante todos estos eventos inexplicables, pienso que son lamentos de las almas en pena de las personas que murieron en la Conquista, en el trágico mitin de 1968 y en el Terremoto de 1985, que no han podido descansar y elevan sus voces pidiendo justicia, dando por nacimiento a las leyendas que se cuentan en la mayoría de los edificios y departamentos de la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco.

Leonte César Paz Cabrera

## Metro Tlatelolco

*Mi ciudad es chinampa  
En un lago escondido  
Es cenizote que busca  
En donde hacer nido  
Regulete que engaña la vista al girar.*

La palabra Tlatelolco viene del náhuatl *tlatelli*, que significa «terrazza» o se deriva de *xaltloll*, que se refiere a «punto arenoso» o «en el lugar del montón de arena».

Estimado lector, lectora, se ha preguntado usted ¿quién es el último eslabón para que un periódico o revista llegue a sus manos? Pues es, precisamente, un voceador, ya sea de un puesto fijo de periódicos o como ambulante, que encontramos en las esquinas de cada semáforo. Los voceadores son ciudadanos que día a día se ganan la vida ofreciendo su producto, con el fin de que usted, en la comodidad de su hogar, disfrute de la lectura.

Pues bien, hoy vamos a conocer un poco de la vida de ellos, de ellas, a través de la siguiente lectura que ahora iniciamos.

El 6 de diciembre de 2018, me enteré, un poco tarde, leyendo en internet, de que el periódico *La Jornada*, en su sección “El Correo Ilustrado”, me había publicado un comentario que hice en defensa del escritor Paco Ignacio Taibo II, tras un desliz que tuvo en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Ese día, en la tarde, había quedado de reunirme con una persona afuera de la estación del metro Tlatelolco de la Ciudad de México. Para mi buena suerte, todavía encontré abierto el puesto de periódicos, aunque ya eran pasadas las diecisiete horas. Pregunté a la señora que atendía el puesto si todavía tenía algunos ejemplares de *La Jornada*, me dijo que sí y le pedí de favor si me podía vender unos tres o cuatro ejemplares; su respuesta fue afirmativa.

—De seguro algo se publicó que a usted le interesa.

—Sí.

—¿Se puede saber de qué se trata?

—Por supuesto que sí.

—¿Lo puedo leer?

—Me daría gusto que usted me dé su opinión.

En ese momento la señora leyó mi comentario.

— ¿Usted conoce al escritor?

— Sí. He asistido a muchas conferencias de él y lo he visto en muchas marchas, y hasta tengo dos libros de su autoría autografiados. Y dígame, ¿ya tiene muchos años vendiendo aquí?

— Sí, joven, más de cuarenta años. Mi mamá fue la que inició este negocio y, con el tiempo, yo lo heredé y aquí sigo.

— ¿Siempre ha vivido en esta zona?

— Sí.

— Me gustaría hacerle una entrevista después, con más calma y, si usted lo autoriza, grabarla con mi celular; aunque ya sería hasta enero del siguiente año, sobre todo porque ya se acercan las fiestas decembrinas.

— Cuando guste. Yo aquí trabajo todos los días.

Y fue hasta el mes de marzo de este año 2019, cuando pude regresar a entrevistarla, ya que me había inscrito al curso Crónicas de Tlatelolco y la maestra Liliana Pesina, desde el primer día, nos pidió que fuéramos pensando en un tema de nuestra crónica.

En su momento, los inscritos al curso comenzamos a escribir el guión. Yo escribí poco, pues no tenía muchos datos de la señora dueña del puesto de periódicos, sólo de lo que me acordaba de nuestra plática inicial.

A los pocos días pude realizar la entrevista y he aquí su contenido.

*Baila al son del tequila y de su valentía  
Es jinete que arriesga la vida  
En un lienzo de fiesta y color.*

Fecha: miércoles 6 de marzo de 2019.

Hora: 13:20.

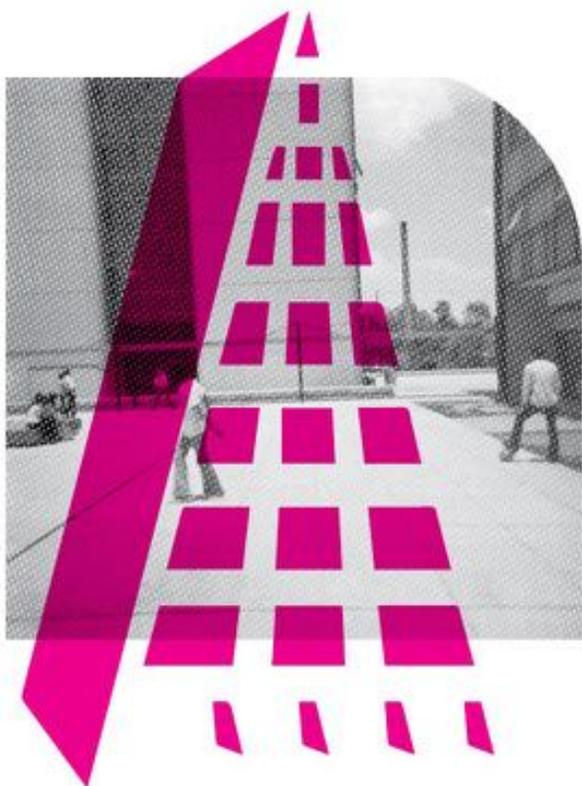
Estoy parado frente a la estación del metro Tlatelolco, por el lado de la calzada Manuel González, hoy convertido en Eje vial 2 Norte. Observo a mucha gente que entra y sale de la estación, gente que cruza la calzada de Norte a Sur y que su destino es el metro. Ahora me acerco al puesto de periódicos, que es atendido por la señora Griselda Vázquez Pompa.

“Mucha gente, quizás por ignorancia, nos llama periodiqueros, pero no, en realidad somos voceadores. Para que un voceador se haga acreedor a su credencial, debe de trabajar en forma ininterrumpida más de siete años. El primer año su identificación es de papel. A partir del quinto año se cambia a cartón y,

cuando ya firma su registro en su lugar de venta, a partir del séptimo año ya se hace acreedor a su mica”, dice la señora Griselda.

Ella tiene el número 3409 en su credencial, que señala una antigüedad de 44 años como voceadora. Me cuenta que su mamá, la señora Catalina Pompa, inició la venta del periódico en la esquina de Guerrero y calzada Manuel González —en lo que hoy es una pastelería muy famosa—, ahí había una vecindad, que era donde vivía la familia. Tenía que levantarse de madrugada para ir al expendio, ubicado en Artículo 123 y Bucareli. Tan pronto obtenía su pedido, se regresaba rápido para instalar su puesto y comenzar a vender; de esto, ya hace más de sesenta años.

Antes los voceadores se apuntaban con el dueño del expendio, les daba algo de crédito, ahora se hace una factura o un vale por la cantidad de periódicos que el voceador quiere vender y se paga en ese momento. Las revistas tienen un número, clave y fecha. Hay voceadores que sólo venden tres periódicos, otros hasta quinientos, y así sucesivamente.



El voceador tiene que estar inscrito con el dueño del expendedor, de lo contrario, no se le vende; aparte, tiene que llegar muy temprano, ya que el expendio comienza a vender desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la mañana. Pasada esa hora, ya no se vende nada.

Ella me cuenta que, para que en el periódico *La Prensa* le vendiera los ejemplares, tenía que cargar bultos junto con otro compañero.

La señora Catalina, con el tiempo, se enteró de que iban a construir una unidad habitacional con un cine, y trasladó su puesto justo a la entrada del mismo, que hoy

conocemos como Cine Tlatelolco. Al paso del tiempo, vio que se estaba construyendo una estación del metro y pudo mover su puesto unos cuantos metros, que es el mismo que hoy ocupa la señora Griselda.

Su local de ventas mide aproximadamente unos tres metros por dos, está muy surtido. La gente que se acerca a comprar un periódico o revista lo va a encontrar, lo mismo que una revista de política, espectáculos, juvenil, o historia.

La señora Griselda es una persona que ronda entre los 55 y 60 años de edad, de 1.65 de estatura; su aspecto es jovial, y su actitud ante la vida y el amor a su trabajo hacen que no se reflejen esos años. Llevaba su pelo recogido hacia atrás, el buen clima que ha imperado en las últimas semanas en la Ciudad de México hace que ella, como mucha gente, lleve ropa ligera, sobre todo por la hora: ya pasadas las 14 horas.

Mucha gente piensa que el vender periódicos o revistas es fácil, pero no, en el puesto se tiene que trabajar y vender todos los días, de lunes a domingo y desde muy temprano. La jornada laboral de la señora Griselda abarca más de 14 horas.

No hay días de descanso, sólo cuando el periódico no se edita porque así lo marca la Ley Federal del Trabajo. Le pregunto por sus vacaciones y me dice que esas se las toma cada voceador por su cuenta, aunque sabe también que esos días que deje de trabajar no va a recibir dinero.

No debemos olvidar que antes se publicaba el periódico matutino, el de mediodía y el de la tarde. La señora Griselda cuenta que su mamá llegó a vender hasta seis mil *Ovaciones* en un día.

Aquí me permití hacerle un comentario personal a la señora Griselda, al decirle que a mí me gustaba mucho el periódico *Ovaciones*, tanto el matutino como el de la tarde, por la famosa página 3, más las columnas de Héctor Pérez Verduzco y el de Mario Munguía, mejor conocido como Matarili. Sin olvidar mi paso de un año de trabajo en el ya desaparecido *Heraldo de México* entre los años 1969 y 1970.

La señora Griselda, al escuchar el nombre de Héctor Pérez Verduzco, me dice que también ella lo conoció, pues en algunas ocasiones compró algún periódico o revista en su puesto.

*Mi ciudad es la cuna  
De un niño dormido  
Es un bosque de espejos  
Que cuida un castillo  
Monumento de gloria que vela su altar.*

La señora Griselda tiene cinco hermanos. Con excepción de uno, los demás también son voceadores. No pasa desapercibida por su memoria que, cuando ella tenía ocho años de edad, toda su familia se fue a vivir a un hotel de la colonia Guerrero por un problema de su abuelita en la vecindad, y que a ella la llevaron a Puebla. Después de algunos meses se pudo reunir toda la familia, y por las tardes le ayudaba a su mamá a vender el periódico.

Ella aprovechaba el descuido del vigilante del cine y se metía a vender. Cuando el administrador la descubría, pedía el auxilio de una patrulla para sacarla, pero ella ya sabía cómo esconderse: se metía al cuarto del *cácaro*; de esa manera burlaba la vigilancia.

Ya reunida la familia, la señora Catalina pudo reunir dinero y comprar un departamento en la Unidad, en el edificio Guillermo Prieto. La señora Griselda pudo vivir con sus papás en ese edificio hasta que se casó a la edad de catorce años. Tuvo familia, no se arrepiente de ello, y gracias a su trabajo es como los ha podido sacar adelante.

En su puesto, la señora Griselda se da tiempo para todo: atiende a un cliente o a dos al mismo tiempo, cuando compran un periódico o revista, y responde cuando alguien le pregunta por la ubicación de un banco o de un hospital; también cuando alguien llega a preguntar y a la vez a comprar por un objeto de colección, como en estos momentos son los aviones de combate o los autos a escala de Volkswagen. Ella comenta: “En días pasados salió a la venta un vochito que costaba cien pesos, pues, ahora se está vendiendo hasta en quinientos pesos. También se está vendiendo una revista que se llama Muy Interesante Junior. Como la piden en las escuelas los profesores, pues, entonces los alumnos la compran”.

Durante la entrevista, por momentos dejaba de grabarla porque llegaba la gente, ya fuera a comprar un periódico, una colección o un cigarro. Un señor con su esposa vio el último modelo de los aviones y lo compró. A los pocos minutos

regresó, ya que le había hablado a su hija diciéndole que en el puesto estaba el último modelo de los carros y lo adquirió. Lo mismo un joven que es su vecino, que fue por su ejemplar de los aviones, y, por supuesto, ella ya lo tenía apartado para él. No cabe duda de que cuando un puesto de esta naturaleza está bien surtido, la gente ya sabe que ahí va a adquirir lo que busca.

“Años atrás, el sindicato de voceadores nos apoyaba con créditos, bueno, hasta para adquirir una casa. Y el Día del Voceador, que es el 8 de mayo, casi todo el día la televisión transmitía el evento, se nos invitaba a desayunar a los Pinos. Ahora ya todo eso se perdió. También teníamos atención hospitalaria en el Dalinde o en el Santa Elena, ahora parece ser que mandan a los voceadores al Hospital General. También había rifa de aparatos electrodomésticos, donados por los diferentes periódicos. Pero ya todo eso se terminó”, cuenta la señora Griselda.

Tiempo atrás, cosa que la señora Griselda lamenta recordar, un grupo de ambulantes, del mismo lugar donde tiene su puesto de periódicos, la golpearon, le hicieron sangrar de la boca y de la nariz, sólo porque ella defendió su fuente de trabajo y patrimonio, forjados a través de muchos años. Personas que tomaron fotos y video con sus celulares dan testimonio de ese ataque. Pero no desiste, ella sigue ahí vendiendo todos los días; como en muchos lugares de trabajo, existe gente envidiosa, mala, que recurre a la agresión. Ella ya no ahonda más en el tema y se concentra en su trabajo. A la vez reflexiona: “Ya no entiendo qué está pasando en nuestro país, ya no va evolucionando, más bien, somos un país sin evolución; tristemente, así lo veo. Y no es tanto por los malos gobiernos que hemos tenido, sino por el mismo pueblo, tan desleal, tan perezoso que se ha vuelto, con los abuelos que se creen jóvenes y mantienen a los nietos. Ya no tenemos prestaciones como antes, como ahora sí las tienen los maestros con sus días de descanso, días económicos; inclusive pueden faltar y el sindicato los apoya y todavía protestan. Nosotros aquí ya no tenemos nada de eso. Tristemente veo cómo le gente prefiere comprar una revista de espectáculos, quizá por el morbo o quizá simplemente para entretenerse, que comprar otro tipo de revista”.

*Es un sol con penacho y sarape veteado  
Que en las noches se viste de charro  
Y se pone a cantarle al amor.*

Para poder aguantar una jornada laboral de catorce horas o más, ella trata de alimentarse lo mejor posible: por las mañanas se toma un licuado de almendras o de piñón; su comida, al mediodía; y cuando ya está en su casa descansando,

hasta se permite tomar una copita de coñac. Como su trabajo es muy demandante, no tiene amigos, no asiste a fiestas o eventos, ya que se tiene que levantar muy temprano.

La señora Griselda me cuenta que, en 1999, la estudiante María Leticia Ruiz Escuen hizo su tesis para obtener el grado de Maestría en Educación, tomando como base la vida y el trabajo de la señora Griselda Vázquez, cuyo título es: *El Voceador: Una exploración de su rol como mediador de alfabetización*, en la Universidad de las Américas. Desafortunadamente, la señora Griselda, por su trabajo, no pudo asistir al examen de la estudiante, pero sí conserva un ejemplar del mismo.

De hecho, algunos meses atrás, la televisora TV Azteca le realizó un reportaje en vivo para su programa matutino.

*En las tardes con la lluvia  
Se baña en su piel morena  
Y al despertarse las trenzas  
Sus ojos tristes se cierran.<sup>5</sup>*

Ya son las quince horas. Se ha incrementado el ir y venir de la gente, ya los alumnos de la escuela Secundaria Técnica 12, Guardias Presidenciales, han salido de clases; muchos padres de familia vienen por sus hijos.

Es Miércoles de Ceniza y con ello inicia la Cuaresma, según el rito católico. Por el lado de la calzada Manuel González hay locales que venden alimentos, principalmente tacos de carne y al pastor y hamburguesas. Alcanzo a observar que hay mucha gente comiendo. ¿Y la vigilia? Pues como decía Luis Spota: “Más cornadas da el hambre”.

Veo algunas personas que ya han terminado de comer y, por su vestimenta, supongo que son trabajadores de la construcción, ya que sobre el Eje 2 se está terminando una nueva plaza comercial; algunos de ellos llevan en su mano un refresco de una marca conocida a nivel mundial.

Observo también que, sobre el andador que conduce a la entrada de la estación del metro, por ambos lados, hay puestos de vendedores ambulantes, tres de ellos están vacíos: sus dueños no vinieron a trabajar. Lo que más se oferta es

---

<sup>5</sup>Gilberto Parra Paz, autor de la canción *Mi Ciudad*. Guadalupe Trigo la interpretaba.

lo que comúnmente llamamos comida chatarra y dulces. Y, por supuesto, también está un señor bolero.

Así, por momentos, hay mucha gente y muchos alumnos con sus padres, así también aquello vuelve a la tranquilidad y, por supuesto, las personas se acercan al puesto de periódicos a comprar algo. Inclusive un cigarro cuyo encendedor está amarrado con un cordel.

Al terminar la entrevista, le di las gracias a la señora Griselda y me fui caminando a mi departamento.

Marzo. Abril. Mayo de 2019.

Juan Roberto Juárez Infante

## Las hermanas Cano en los montículos de arena

*“Lo que uno ha vivido es comparable a una hermosa estatua que ha ido perdiendo sus miembros uno a uno, y que ahora es tan sólo el valioso bloque en el que tienes que esculpir tu futuro como imagen”.*

*Walter Benjamin*

Estandarizado como zona de masacre de estudiantes bajo un régimen corrector, cuando uno se encuentra con Tlatelolco, la propia demarcación consigue salir de esa hermética concepción. Casi siempre llego por el metro, del lado de donde se encuentran los puestos ambulantes. Tal vez del otro lado esté más despejado, pero, al inmiscuirme en los edificios, me pierdo. (Tlatelolco siempre se ha burlado de mi sentido de orientación, así que me inclino por el rumbo que ya conozco.) Saliendo del lado izquierdo se encuentra la Secundaria Técnica 12, Guardias Presidenciales, a la que fueron Adriana y Marisol —las inefables hermanas Cano—; yo tomo el otro lado para dirigirme a su casa. Inevitable pasar en frente de aquel dinosaurio arquitectónico cinematográfico del que ahora sólo se encuentra el puro cascajo.

Caminando en dirección a calle Lerdo, enfrente, se encuentra San Simón Tolnahuac, donde se descubre la paradoja de lo que podría hacerse en parangón con el cinema: remodelando la totalidad de la cuadra; construyendo una plaza comercial, ya saben, con los distintos aditamentos de un lugar así; restaurantes; un —¡sí, créanlo!— nuevo cine; locales de comida rápida; tiendas departamentales de ropa, joyería y demás suvenires. Mi rabia es notoria al ver cómo el sistema se regodea en sus propias utilidades. No sabiendo hacer —ya no digamos crear, que es mucho decir— más que centros de consumo exprés, como si la denominación de progreso o evolución viniera de la mano con aquellas construcciones de entretenimiento inmediato.

Ya estando en el cruce de las avenidas, yendo hacia la esquina de la Comercial Mexicana, el tiempo en el semáforo da para la cavilación, sea corto o extenso en el pensar, me dispone a la imaginación sobre los sucesos del 68. En ese punto se pueden dimensionar la altura de los inmuebles. Los chavos habrían sido como hormigas entre las partes bajas de las unidades, encontrando algún espacio donde ocultarse de la carnicería. También trato de dimensionar el horror que se debió de desprender de aquel lugar, pero estoy seguro de que siempre he de quedarme lacónico.

Muy a pesar de los diligentes que administren Tlatelolco, el espacio siempre sale avante. Tal parece asemejar un microcosmos de lo que el país llegó a padecer por años anteriores.

Tras llegar del lado del eje, la calle Julián Carrillo siempre me despierta una nostalgia dirigida a la casa de la Flaca (Adriana). Una casa-vecindad de las de antaño, de aquellas que, después del Terremoto del 85, los políticos chundos manifestaron que tirarían o remodelarían. Pero la promesa de la ayuda se la traga el tiempo, al igual que la acostumbrada decepción de estas alimañas de oficina.

Aunque no importando eso para la familia Cano —el apellido del clan de la Flaca—, ha persistido que eso no tiene que ser un impedimento para el cuidado de la casa en su exterior, revestida de distintos colores, ha pasado su transformación: violáceo, azul marino, rosa, morado. Pero el que tengo en la memoria es el descarapelado; ese, sin duda, le daba un cariz de prosapia. Hoy se encuentra revestida por sendos árboles que le han añadido más imponencia: urbanización floral.

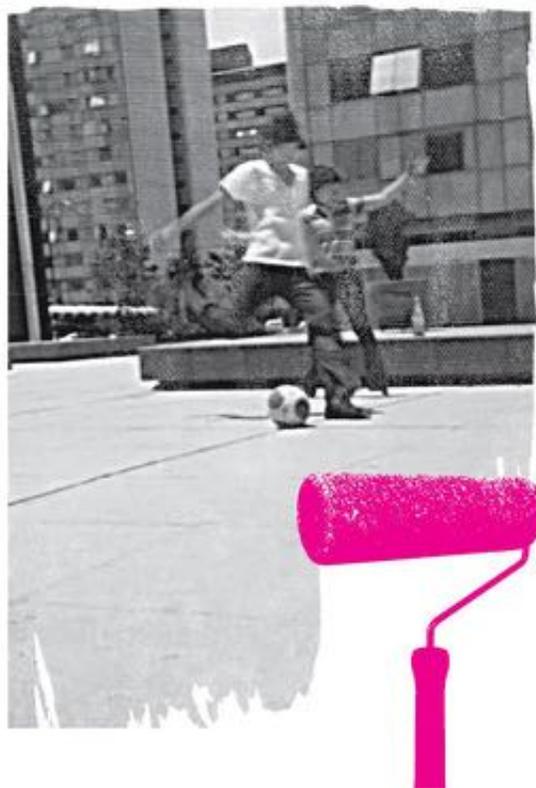
Mi señal de llamado de guerra para hacer notar que he llegado es seleccionar con detenimiento clínico cierto tamaño de granito que me dé el balance y peso, para otorgarme el movimiento aerodinámico idóneo para enjaretarlo en el vidrio, que también ha sido elegido con meditación parsimoniosa. Pero a pesar de todos mis esfuerzos-operacionales-estratégicos para que no suene como si se fuera a caer la casa, resultan infructuosos, pues siempre se asoma la Sra. Luzma —mamá de la flaca—, tanto para saludarme como para increparme por mi peculiar timbre que uso para advertir mi presencia: «¡¡Óyeme, cabrón, vas a romper la ventana, no mames!!». Segundos después aparece asomada la cara de la Flaca, con su núbil sonrisa, haciéndome notar que la pueda esperar de favor, ya que se encuentra arreglándose. Y bueno, en ese punto apelo con honda fuerza a mi resignación, porque sabemos que el proceso de afiligrana de toda fémica es de profundo escrutinio —por no decir que es muy pinche tardado—. No sé por qué piensan que salir a echar las chelas con tu mejor comparsa de aventuras requiere una metamorfosis estético-corporal. Pero trato de desecharlo prestamente porque corro el riesgo de perderme en mi abstracción.

Después de la espera, fuimos al mercado de Comonfort —la Flaca me había hecho conocer así aquel lugar, cerca de Reforma—. Durante una temporada fuimos continuamente, pero no nos adentrábamos al bazar. Nos quedábamos en el área limítrofe, donde abundaban los locales de biela, siempre con mucho

movimiento de darketos, emos, skatos, góticos, hipsters, pokemones, cumbieros, grunges, skinhead, heavies, hippies, etc. Y, obviamente, muchos propensos a la efervescencia etílica. Los dos éramos asiduos a la pilsner opaca; es obvio que, al pasar los tragos, ya nos daba lo mismo si ingeríamos Tonayán o Bacacho blanco con Kuleit, pero lo primero era degustar con propiedad nuestro néctar preferido.

Por esos días, la Flaca no pasaba sus mejores momentos con su novio de esa época (Ricardo, también cuate mío). Esas charlas nos servían para retroalimentarnos, y no sólo para la testificación o cargo de atribuciones. Lo que siempre nos ha agradado recordar han sido las pato-aventuras que teníamos con los conocidos de nuestro deporte de toda la vida: el taekwondo. Pues así, como éramos fieles amantes de aquella práctica, éramos igual o más vehementes a nuestro elixir de biela. Siempre nos agradaban nuestros desvaríos, salvajadas, pleitos o contrariedades que se presentaban. Los dos aceptábamos al otro por ser quién era: un completo inadaptado.

Con los años fomentados en esa amistad improbable, que nos permitía poder platicar de todo para bien y para mal, la Flaca, sosteniendo su ambrosía de licor, y sentados en el local más denso de todos, me preguntaba con gran curiosidad si no extrañaba o si acaso no seguía enamorado de su hermana. Al igual que ella, con mi brebaje fermentado, me empapé el paladar para poder tener las palabras adecuadas para estar a la altura del cuestionamiento. Una deglución iluminadora más que desinhibidora. Le comenté que mucho me ha ayudado alejarme de ella, más que como repelente, era para reformatión lozana y fisiológica. Mi corporalidad me lo pedía. Y le comenté que a su hermana siempre la tendré en el corazón y en la carne, pero en las profundidades de mi abismo. Hasta cierto, punto reconocía que, al no ser correspondido, no me estaba siendo fructífero, no me ayudaba: me mermaba más que solventar. Era obvio que al inicio se tenía esa genuina intencionalidad de extensión, robustez, sin embargo, con el transcurrir del tiempo



se fue volviendo infeccioso. No me era ya grato, ni bueno. Ese amor siempre me sobrepasó, nunca pude establecerlo o dominarlo —es más, aquí, en este momento ya ni siquiera hablo de la subjetividad de ella, sino de mi mismo movimiento con el afecto—; a veces era bien canalizado, otras veces no. Pero la decisión del ostracismo era requerida. Siempre he sido una entidad que deambula cerca de los piélagos. Más que por temerario, es porque no conozco otra manera de existir; pero lo que siempre hay que saber es cargar un soplo de prudencia para poder cursar las zonas ingravidas o virulentas.

Cuando ya la noche nos abraza es cuando la plaza quita su material, y nos disponemos de regreso: hacemos travesía por el Jardín de Santiago, la Plaza de las Tres Culturas, el edificio Sinaloa, la andadera concomitante a Manuel González, y el pequeño campo de fútbol rápido; para otra vez salir por la Comercial, y ya de ahí encaminarnos de retorno a Julián Carrillo.

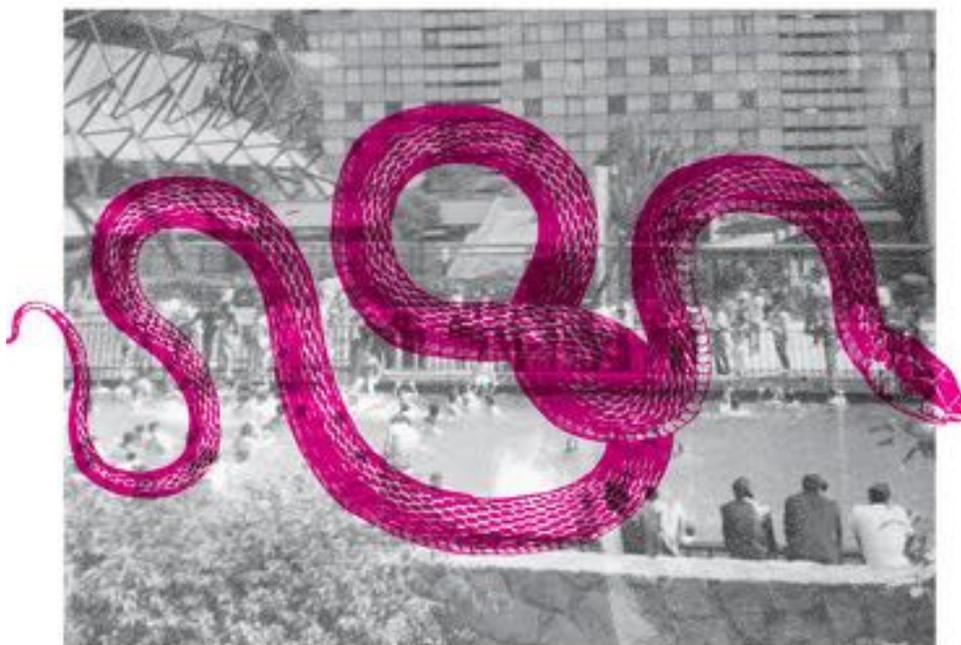
Caminar por los montículos en la arena, por cualquiera de sus ángulos, siempre me ha enriquecido y nutrido. Desde mis trasnochadas con las camaradas Cano, su familia, hasta las idas al mercado, a la tienda de la esquina, al chopo, etcétera. Puedo encontrarlas a ellas, pero no por efecto de representación, sino de devenir, de inmanencia. Asunto más que magnífico. La cofradía Cano, de forma no intencional, me hizo recuperarme. Una, encontrándola en el amor, a la otra, en la hermandad. Las dos, más que un dúo, son multiplicidad de fuerzas. De igual manera, Tlatelolco manifiesta aquellas mismas magnitudes. Siempre vibrando, siempre jugando, siempre generando inquietudes.

Juan Rey Lucas

## José Antonio Torres

“El tiempo va y viene, uno es el que se hace cada día más viejo”. Sí, papá, tenía usted razón: el tiempo sigue siempre igual; pero la memoria, esa vieja burlona, tiene el poder de atrapar al tiempo entre sus manos.

He aquí que hace casi medio siglo, en 1970, yo me dirigí hacia enormes edificios en el “lugar de la terraza de la tierra” o Tlatelli, Tlatelolco. Mis ojos de estudiante curiosa se fijaban en la verticalidad de las construcciones, en su resistencia y tamaño. Mis pies, sin tropiezos, me llevaban por caminos trazados, como si los reconocieran. Yo buscaba el mejor ángulo para contemplar el conjunto; elegí el puente de Nonoalco-Tlatelolco. Éste, que aún parece una retorcida serpiente, fue el mirador ideal por su altura. En el primer plano vi a la Torre Insignia, pirámide triangular del edificio Banobras; la Torre, construcción periférica al poniente, parece que dialoga con la planicie escalonada de la Plaza de las Tres Culturas, ubicada en el extremo opuesto, a una distancia de tres secciones habitacionales. Tres tres tres. Tres manzanas, tres secciones: Independencia, Reforma y República; tres culturas: prehispánica, colonial y época contemporánea. Mirando aquello, la piel se me puso chinita por lo que se avecinaba y por el fresco de la mañana, todo al mismo tiempo.



—¡Mamá, papá, iré a practicar a Tlatelolco, a la escuela José Antonio Torres!

—Muy bien, hija. ¿Cuánto necesitas para el material didáctico? —me preguntó papá. “La práctica hace al maestro”, regla elemental en todas las profesiones u oficios, y agregó: «Échale ganas».

A mis quince años me pedían explorar el pueblo *tlatelolca* actual; caminaría por sus andadores y abundantes espacios verdes. Tlatelolco, reminiscencia del campo para los que vinieron de la provincia y una alternativa de vivienda comunitaria para los ciudadanos.

Yo, la visitante, iría a la primaria 11-099-18-III-X. Excelente, me hablaban en clave. Me gusta descifrar las claves. ¿Qué dirá esta? Quizás exprese que la escuela pertenece a la dirección de educación número 1, del turno matutino, con número 099, zona escolar 18 del sector III y población escolar mixta. *Ven, Mnemósine, ven.* José Antonio Torres, el nombre de un insurgente. Podría ser esa una de las escuelas más antigua de la zona, con casi cinco décadas. ¿Cuántos alumnos habrán egresado de ella? ¿Cuántas personas residentes aún, o migrantes, felices o mohínas, recordarán en ella su niñez?

Fue precisamente dos años después del recuerdo triste cuando visité la escuela José Antonio Torres construida ex profeso, bien iluminada y ventilada, con cuatro espacios anexos: la dirección, servicios sanitarios, patio de recreo y cooperativa. Con aulas para dieciséis grupos de primero a sexto grado; por ello, considerada de organización completa, es decir, cada grado es atendido por un profesor, situación privilegiada en comparación con muchas escuelas multigrado en la época actual. Las edades de los alumnos de entonces oscilaban entre seis y trece años. Los requisitos indispensables de ingreso a esta primaria eran la residencia en la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco, y egresar del kínder.

¿Recordamos a nuestra maestra del primer grado, aquella con quien aprendimos las primeras letras, quizás la mujer que sustituyó a mamá en la escuela? *Mnemósine, no tardes.*

Recupero de mi memoria la voz cordial de la maestra Ángela y esos momentos:

—Niños, buenos días. Les presento a la nueva practicante. Ella dirigirá el tema a continuación. Atiendan. Yo permaneceré aquí, fijándome en cómo trabajarán todos.

Los niños, expectantes, contestaron a coro:

—Sí, maestra, gracias.

La maestra me brindaba en ese instante la oportunidad de dar la clase. Su discreta mirada me indicó: “No te preocupes, cuentas conmigo, te apoyo”. Había esperado aquel momento, así que respiré profundo y me coloqué frente al grupo. Con suavidad y buen volumen de voz, dije:

—Niños, en esta mañana haremos un ejercicio de escritura. Al mismo tiempo cantaremos: “Arriba, abajo, arriba, abajo, con mi lapicito rayo sin descanso”. Primero lo realizaremos en el aire, fíjense cómo—. Yo, frente a ellos, trazaba con la mano izquierda para que ellos lo hicieran con la derecha.

—Ahora lo trazaré en el pizarrón. Cuiden que yo no me equivoque. ¿Lo hice correcto, Valentina Amellaly?

—Sí, maestra practicante.

—Muy bien. Pasaré a entregarles su hoja doble raya para que hagan en ella el ejercicio. Escriban la fecha y su nombre con letra cursiva.

—Maestra Ángela, la llaman de la dirección —se escuchó una voz—. Que lleve la estadística del grupo y su propuesta para la conmemoración cívica y festividad de noviembre. Hay junta.

—Niños, maestra practicante, no tardo.

Fue así como quedé completamente sola con cuarenta y seis niños de tercer grado bajo mi responsabilidad. No no no, mejor dicho, estuve muy bien acompañada. Como sabía que la mejor disciplina es el trabajo, había que continuarlo en aquel momento.

—Queridos niños, en cuanto terminen su plana me indican para darles la hoja blanca en la que anotarán con letra cursiva: “Recordemos a los mártires de la Revolución Mexicana”. Observen cómo lo escribo en el pizarrón. En seguida iré a sus lugares.

Todo transcurrió con tranquilidad.

—Hola. Ya regresé —escuchamos decir a la maestra Ángela Rentería Martínez—. Muy bien, hay buenos resultados. Te entrego la evaluación de la práctica firmada y sellada por la dirección de la escuela. Memoriza las

observaciones y sugerencias que escribí: “Todos los que amamos la enseñanza empleamos los conocimientos previos y los recuerdos significativos de los alumnos; planeamos diversos caminos para obtener los mejores resultados en la adquisición de aprendizajes, partimos de lo fácil a lo difícil. Diseñamos las evaluaciones considerando el ritmo de cada alumno, al mismo tiempo, cuidamos mantener su atención y concentración durante el desarrollo de la clase; el juego es un gran recurso. No lo olvides, tu misión es guiar a los alumnos”.

— ¡Niños, prepárense para salir al recreo! — dijo.

— Gracias, maestra.

Tomé mis planes de clase, la bolsa con el material didáctico y me despedí.

Por ese día, la práctica y mi estancia en Tlatelolco finalizó.

Soy normalista. Estuve en la escuela más bonita del mundo, la Escuela Nacional de Maestros.

Gracias, mamá. Gracias, papá.

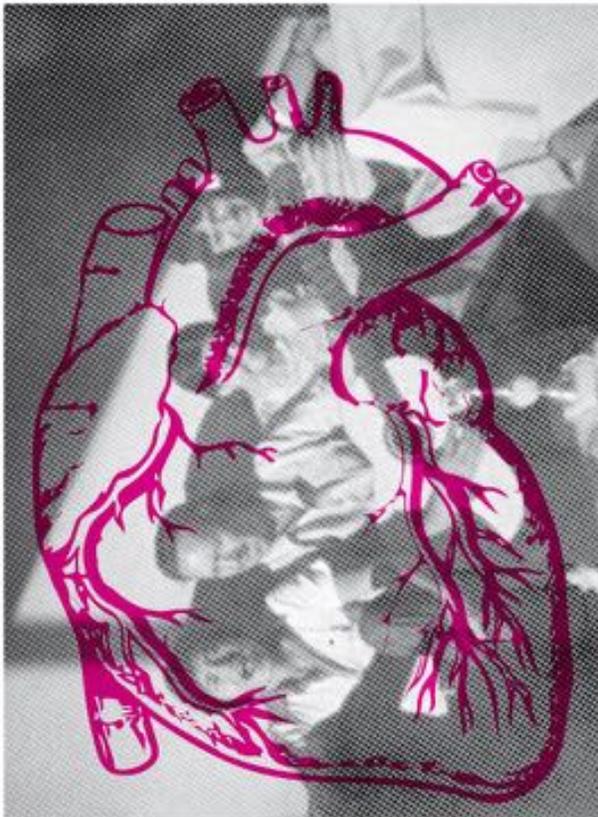
Martha Francisca Medina Austria

## Semanario de amor en Tlatelolco

Hoy encontré una fotografía de Tlatelolco de cuando jugábamos en el año de 1974 y recordé lo hermosa que fue mi juventud en la Unidad Habitacional, de 1968 a 1983.

A mediados de 1969, de todos los hermosos recuerdos, el que más me emociona es el referente al amor. Fue cuando el juego y los amigos pasaban momentáneamente a segundo término, a no tener importancia. Tantos años y personas han iluminado mi alma y me han hecho sentir tan importante y feliz, como un verdadero gigante.

El proceso de enamoramiento y el vivir en pareja son importantes en la vida, pienso que son una necesidad para el ser humano. En un momento, el amor te tiene como estrella en la bóveda celeste o como fango en el fondo de un pozo.



En el transcurso de mi vida ha habido siete pares de bellos ojos que me enseñaron a disfrutar los momentos inolvidables, dulces y agrios, que han hecho que esté agradecido por recibir más de lo que, pienso, era justo para mí. Siete fueron ellas, siete como los días de la semana, un semanario de amor dentro de edificios, departamentos, plazas, pasillos y cuadros de la energética Cd. Tlatelolco. Recuerdo de cada una de ellas sus maneras de caminar, ojos, labios, cuerpos, reacciones. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. Fueron Ellas.

Junio de 1969. Amaneció, el sol brindaba un día esplendoroso. Vivía en el edificio Atizapán, torre de veintinueve pisos. Siempre, en el fin de semana, desde las nueve de la mañana iniciaba el juego en el llamado Cuadro, espacio que era rodeado por los edificios Aguascalientes, Chamizal, Atizapán y Churubusco.

Iniciaba el fútbol, después americano, un poco de básquet y también frontón, en el muro del edificio Aguascalientes, compuesto de trece pisos. Un día por la tarde mis amigos jugaban frontón, cuando, por el pasillo lateral al edificio Aguascalientes, apareció ella: Lunes.

Lunes caminaba lentamente, con su falda cuadriculada, uniforme de la Secundaria 16. Grité a mis amigos: «¡Alto, dejen pasar!» Ella no volteó a verme. Pasó como una diva, como una emperatriz entre sus lacayos; pero, con la bella sonrisa de sus amplios y finos labios, con el caer de su cabello sedoso, tan largo que daba a su cintura, dejó callados a todos. No hubo piropos. Reanudamos el juego. Desde ese momento no dejé de pensar en ella, me había enamorado por primera vez en mi vida.

En esos años, enamorarse era diferente: tenías que cortejar, declararte y después “quieres ser mi novia”. Lunes me había deslumbrado, pero lo más importante es que se había fijado en mí, aun cuando mis amigos eran más caritas.

Los miércoles era día de tianguis en el estacionamiento de la Conasupo, que ahora es la Mega. Una ocasión, Lunes fue al mercado con su mamá y esperé a que regresaran. Cargaban las tradicionales bolsas de malla plástica de colores, bien llenitas, y me ofrecí a ayudarles. Cargué dos pesadas bolsas y las acompañé hasta la entrada A del edificio Aguascalientes. La señora me quiso dar dinero de propina, pero no acepté. A la siguiente semana, igual, pero sí pedí gratificación esa vez: un vaso con agua. Subimos en el elevador rumbo al sexto piso. En un área cerrada, los sentimientos florecen por la cercanía. El olor de las frutas y verduras se mezclaban con el café y el brillo de sus ojos; no podía separar mi mirada de sus labios. Llegamos a su departamento y me dieron el vaso con agua —en ese tiempo directo de la llave del grifo al estómago—. Por su balcón pude apreciar la vista espectacular: la Plaza de las Tres Culturas se veía perfectamente, también la Iglesia de Santiago.

Desde ese día no pude dejar de pensar en ella. Escribía su nombre en mis cuadernos, poniéndole un enredijo de corazoncitos —mmmmm—, mientras estaba en clase de Filosofía, en la Vocacional 9 del IPN. Recordaba su cabello castaño, muy largo, que daba a su cintura y que brillaba como una caída de agua cristalina; al momento de mover su cuello, la caída de su pelo tenía un ritmo suave y delicado. Por primera vez estaba enamorado. Ahora descubría el amor, a la mujer como figura real y como compañía de sentimientos descubiertos, como la soledad, como la sensación de sentir la piel, los labios, las miradas, las palabras como

flechas de cupido o como hachas de desprecio. Lo más bello fue la inspiración para poder combinar la naturaleza que tanto disfrutaba con su manera de ser, con su cuerpo.

Y llegó el momento dorado: en la entrada A del edificio Aguascalientes me le declaré. Tuve como respuesta un sí. Todo brilló ese día.

Para llamarla, escalaba una de las pendientes del auditorio de la Vocacional 7 del IPN —ahora Teatro Isabel Corona—. Ella era mi encantadora Julieta y yo el enamorado Romeo. Fueron días maravillosos, hasta que, al cabo de un tiempo, en octubre de 1969, el enamoramiento terminó, ya que no sabía bailar, no sabía besar y, lo que tuvo más peso, era súper celoso. Puntos y puntos menos. Me bateó y me cambió por un doctor ocho años mayor que yo.

El que me haya dejado por otro me lastimó tanto que mi reacción era tirarme en una de las tres plataformas negras del Cuadro, para que el sol me quemara, me tostara. Me apagaba los cigarros en la palma de la mano, me atravesaba la piel con agujas de canevá y, en todos los juegos, me entregaba frenéticamente sin importar lastimarme o lastimar a alguien. No me importaba nada, peleaba mucho.

Después de cuatro semanas regresé a convivir con la naturaleza. Salía a acampar a Tantoco, Valle de Bravo, Los Azufres, Zipolite, Puerto Escondido, Puerto Angelito; a veces con amigos, a veces solo. Leí a Hermann Hesse, Lobsang Rampa, Charles Dickens, Edgar Allan Poe, Gibran Jalil Gibran, José Martí, Antonio Machado, Aldoux Huxley, Erich Fromm, Kafka. Empecé a escribir poemas sin métrica alguna, sólo por sentimiento y observación. Curé mi decepción amorosa, pero traté de regresar con Lunes y casi lo conseguí.

A finales de marzo 1971 recurrí a una de sus amigas, que conocí en la primera fiesta a la que llegué con novia, y que vivía en el mismo edificio, pero en la otra entrada. Su amiga se portó muy bien, me consiguió una cita de unos minutos con Lunes, en la que le pedí que regresáramos y me dijo que lo iba a pensar. Aceptó mis llamadas telefónicas, pero ya saben las conversaciones: “te amo, te amo, te amo” y como cinco minutos de “cuelga tú, no, cuelga tú”. En un telefonema que realicé a principios de abril de 1971, para ponernos de acuerdo para al fin ir al cine Tlatelolco y ver *Romeo y Julieta*, me equivoqué de nombre. Tanto estuve en comunicación con su amiga que me equivoqué de nombre y Lunes no me lo perdonó. Me mandó a la chingada. Sus palabras fueron dagas puntiagudas que,

poco a poco, clavé en mi corazón. Me colgó el teléfono y sólo pude decirme: «Pero qué pendejo soy». Nunca más me contestó el teléfono.

No quería saber nada. Días después me encontré a su amiga y me preguntó qué había pasado y me invitó a su casa a tomar un refresco. Subimos y nos sentamos en el sillón de tres plazas de la sala, bajé la cabeza y le empecé a contar. Los ojos se me empañaron con un poco de agua salada, me ardieron y rodaron dos lágrimas. Suspiré y me contuve, y le dije que me había equivocado diciéndole su nombre a Lunes. Subí la cabeza, tallé mis ojos y la miré: tenía sus ojos negros opacados con un rocío de lágrimas. Dirigió su mirada hacia mí y me sonrió con una mueca angelical. Me dijo: «Rubén, yo te voy a ayudar», también sonreí y le di las gracias.

Ella se acercó a mí y me dio un beso en la boca. Me gustó. No fue el tipo de besos que yo daba en ese momento, la abracé, coloqué la espalda de Martes en mis muslos y le di un beso puro, profundo, el más agradecido que he dado en toda mi vida, mi primer beso en el que me burlé del tiempo y enfundé por fin las dagas que me enterraba por mi soledad. Fue una tarde hermosa, placentera pero incierta. Esa noche no pude dormir, los ojos negros de Martes me miraban y seguía sintiendo sus abultados y húmedos labios. Sentía todavía el calor de su frágil cuerpo y mis manos se encontraban como si todavía sujetara su cintura. Entretanto yo sabía que eso no estaba bien, que no era posible. Al día siguiente la busqué para explicarle que me gustaba pero que no se me hacía prudente seguir; ella asintió con la cabeza y me pidió que la disculpara. Martes se sentía mal porque Lunes era su amiga. Nos despedimos con el beso más apasionado y largo que nunca me habría imaginado obtener.

En aquel abril regresé con mis amigos a los juegos, empecé a aplicarme en la escuela y volví a salir de campamento: mi reencuentro con la naturaleza fue excepcional. Me gustaba ir al cine con mi amigo el Pollo. *Asustemos a Jessica hasta morir*, *La naranja mecánica*, *El Topo*, *El dormilón*; fueron mis preferidas. En el Cuadro se desarrollaban torneos de ajedrez; la pasión por la música aumentó hasta el cien por ciento.

Diciembre de 1971. Un día caminaba con un amigo hacia el edificio Atizapán, donde vivíamos, y observamos bajar a una chica por las escaleras. Ella caminaba delante de nosotros, fue como ver el mar: cada uno de sus pasos era cadencia de un uniforme oleaje. Ella sintió que la veíamos y aceleró su paso, y el oleaje tomó un ritmo de tormenta; se adelantó tan rápido que se perdió

rápidamente en las puertas del cancel del edificio. Nosotros llegamos un poco después, ninguno de los dos elevadores había llegado y ahí estaba ella esperando el elevador. Al darse cuenta de que llegamos, la percibimos nerviosa y la saludamos: «Buenas tardes», la nueva vecina cambió de repente y con una agradable sonrisa nos contestó el saludo. El elevador se abrió y entramos. «¿A qué piso?», pregunté. «Al cinco, por favor», respondió ella. Salió del elevador y se despidió. Mi amigo y yo, literalmente, nos hicimos pendejos; no hubo comentarios. Seguimos encontrándonos en el elevador, eventualmente, y supe que se llamaba Miércoles, de ojos pequeños, pelo rizado y color castaño, de agradable sonrisa. Bonita.

Febrero de 1972. Cierta día se me ocurrió comentarle a mi amigo que me le declararía a Miércoles. Me dijo que a él también le gustaba y quedamos que lo haría primero él. Mi declaración a Miércoles fue aceptada. Su cabello rizado se enredaba entre mis dedos; su cuerpo se fundía contra el mío con abrazos profusos, desesperados, fuertes, alarmantes; y sus besos me llevaban hasta el cielo, haciéndome ser la estrella más brillante del universo.

Se acostumbraban fiestas de disfraces con juegos, como semana inglesa y comerse la manzana en pareja sin meter las manos. Todos los sábados eran noches de fiesta, recorríamos a veces las tres unidades para ver cuál era la buena. Llegar con pareja y preguntar si ya había llegado Carlos no fallaba, siempre había dónde caerle. La música de rock se bailaba separados, y las calmaditas, para besarse únicamente. Acabando las fiestas se acostumbraba ir a tomar unas cervezas al mirador de la Carretera Federal a Cuernavaca. Los conciertos en español empezaron, Joan Manuel Serrat y Mercedes Sosa, en Palacio de Bellas Artes; en el antiguo Auditorio Nacional, Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, los Folkloristas, Quilapayún, a los cuales asistíamos. Todo estaba bien con Miércoles, pero lo que nos empezó a distanciar fue la religión —sus llamados hermanos del templo eran bastante confianzudos con ella, siempre les paraba el alto y eso le molestaba— y mis celos.

La situación se puso crítica en diciembre. En una fiesta bailando “Killing me softly with his song”, a la mitad de la canción, Miércoles me tuvo que dejar en medio de la pista y entonces apareció Jueves de relevo. Pelo también rizado, delgada, de buen cuerpo, con grandes ojos y de mirada reluciente. «¿Te dejaron solo?», me dijo al mismo tiempo que me tomó de la mano y me abrazó para empezar a bailar. «No sé bailar», le dije. A lo que respondió: «Yo te enseño». Después supe que ella era dos años mayor que yo. Me abrazó más fuerte y sentí

la proximidad de su cuerpo, se acercó a mi oído y, casi mordiéndome la oreja, me murmuró: «Uno, dos. Uno, dos». Sentí su respiración y perdí el paso. La pisé. Me detuve y la abracé con fuerza. Me acerqué a su oído y, casi mordiéndole la oreja como ella lo había hecho antes conmigo, le dije: «Perdón». Nos miramos fijamente, sonreímos y nos retiramos dos pasos. En ese momento regresó Miércoles, quien le dijo: «*Compermisito*», y pidió que repitieran la canción. Ella y yo nos abrazamos y bailamos, sin embargo, mi mirada se posaba en los ojos de Jueves cada vez que daba la vuelta. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, ella sabía que había dejado en mi cuerpo una semilla que sembraba la necesidad de sentirla físicamente.

Miércoles y Jueves se fueron al mismo tiempo. Disfruté toda esa noche oyendo a los Rolling Stones, Carol King, America, Led Zepellin, Boston, Kansas. Recordé mi experiencia con Lunes y Martes. Pensé y pensé: «¿Qué voy a hacer esta vez? No creo haberme equivocado». Esta vez anduve con las dos por un tiempo. Jueves aceptaba mi relación con Miércoles, y Miércoles seguía más a la hermandad. Aunque fue emocionante andar como jugando a las escondidas con Jueves, me cansé de esa situación y terminé amigablemente con ella en junio de ese mismo año. Para finales de diciembre también terminé amigablemente con Miércoles. El amor perdió interés, ya no sentía lo mismo. Fue cuestión de tiempo.

Regresé a mi terapia de los deportes, ahora jugábamos fútbol de salón en el Club Antonio Caso, de la Tercera Unidad. Naranja Dulce, un flamante campeón era el nombre de nuestro equipo. Toda una temporada estuve tranquilo conmigo mismo, pero llegaron nuevos vecinos al departamento de alado en abril de 1973. Sí, llegaron Miércoles y Jueves, y ahora eran novias de unos conocidos. Eventualmente, nos saludábamos y platicábamos. Esos tiempos estaban loquísimos, tiempos de paz y amor, así que caímos en la tentación. Cuando se podía, pues, nos tratábamos más que con amabilidad; hasta que, en julio, mi mamá se dio cuenta: me jaló las orejas y todo terminó. Fue difícil, pero lo pude hacer. Otra vez mi vida se estabilizó.

A mediados de 1974, un amigo salía con su novia que siempre andaba acompañada de una amiga, y mi amigo me pedía que lo acompañara. La amiga siempre me rogaba que la invitara a caminar, y yo me negaba, sin embargo, un día me convenció. Esa amiga era Viernes, una jovencita de mi edad, bajita, menudita, de pelo chino y corto, bien formada, siempre vestía de manera impecable y con ropa de gran calidad, usaba accesorios de oro, reloj del bueno, zapatos diferentes

y muy bonitos. Ella vivía en la colonia Guerrero, pero pasaba mucho tiempo en el edificio Estado de México, en la Tercera Unidad, con la novia de mi amigo.

El día que acepté caminar con Viernes paseamos por las tres unidades. Caminábamos tranquilamente y platicamos de lo que más nos gustaba: comida, lugares, deportes, películas, música. Reíamos, nos dábamos empujoncitos de hombro. Pasaron como dos horas hasta que nos encontramos en el corredor del edificio ISSSTE 10, por Manuel González de la Primera Unidad, y me dijo que ya tenía que irse. «Pues te llevo», le dije. Nos encaminamos hacia Nonoalco —hoy Flores Magón—, calle que limita Cd. Tlatelolco con la colonia Guerrero. Todo estaba tranquilo, el pasillo era largo, profundo, un poco oscuro y solitario —en ese tiempo era peligroso caminar por la Primera Unidad porque tenía fama de que asaltaban—, los postes naranjas simétricos, colocados a distancias iguales, asemejaban un túnel del tiempo. Me sentí relajado, feliz, por un momento no pensé absolutamente en nada, no comentamos nada. Ella portaba un blazer negro con una blusa blanca de seda, un collar de perlas con un dije, que era una gran cruz, falda de color caqui y por arriba de las rodillas, con una caída limpia y plana, que se ajustaba a su bello cuerpo, unos botines con tacones medianos, exquisitos y de ante negro.

Llegamos a la mitad del edificio 11 y había un charco grande, como de metro y medio, que atravesaba el andador. Viernes se llevó la mano derecha a la boca y dijo: «¡Ay, mis botas!». Me le quedé viendo fijamente a sus pequeños ojos negros y, sin pensarlo, la cargué. Sus brazos me abrazaron asegurándose para que no la tirara, y caminé metiéndome en el charco. Pasando el charco la fui bajando con lentitud, pero no dejé que sus pies tocaran el piso, sus brazos se afianzaron alrededor del cuello, como aceptando que la apretara cada vez más fuerte. La besé. Rozaba sus labios, girando nuestras cabezas de un lado a otro, y ella se deslizó poco a poco hacia al piso, sin despegar su cuerpo del mío. Sus relucientes botines de ante negro tocaron el piso, pero no nos separamos. La tomé por la cintura y seguimos besándonos por un largo rato.

Cuando nos separamos y me dijo: «¡Rubén, qué te pasa!». Y yo le contesté: «No sé, creo que lo mismo que a ti te pasa», soltamos la carcajada, nos tomamos de la mano y seguimos caminando por el túnel del tiempo, y a cada tres postes nos parábamos y nos volvíamos a besar. Así seguimos hasta rodear el edificio Vicente Guerrero y seguir por el andador del edificio El Pípila, para luego llegar a la lateral de la avenida Nonoalco, donde se veía la calle de la colonia Guerrero que teníamos que tomar. Antes de cruzar la avenida, me dijo: «Rubén, aquí déjame».

«¿Cómo?, ¿y si te atropellan?», le contesté. Sólo rio y dijo: «Tengo novio». Respondí que no era celoso; y se volvió a reír y agregó: «Te van a golpear, son especiales en la cuadra». Hice una mueca, jalando el labio hacia la derecha y elevándolo, y respondí: «Bueno, la pase muy bien». «Yo también», me contestó. Se despidió y cruzó la lateral, pero, al llegar a la banqueta para pasar la avenida, le grité: «¡Viernes!». Volteó. Crucé la lateral y me quedé debajo de la banqueta. La volví a tomar de la cintura, su cara quedaba arriba de la mía; su cintura, a la altura de mis brazos. La tomé por debajo de su blusa, acariciando su espalda, y le di un largo beso hasta que me dijo: «Se me hace tarde, gracias». Cruzó la avenida casi corriendo. Antes de internarse a la jungla de la colonia Guerrero, volteó y me dio un adiós con la mano. Y sí, no volvimos a besarnos nunca más, ni a mencionar esa esplendorosa tarde, donde el viento acarició mi cara de regreso a la Tercera Unidad, mientras yo lo inhalaba profundamente.

Toda la mitad de 1974 hasta mayo de 1975 fue estable. Estaba próximo a terminar mis estudios de Ingeniería Mecánica. Proyectos y trabajos maravillosos, como diseñar, construir e instalar la escenografía para la obra *Jesucristo Superestrella*, de Julissa, en el Teatro Ferrocarrilero, me llevaron a distanciarme de mis amigos. Pasaba mucho tiempo en la mesa del comedor de nuestro departamento, calculando y dibujando. Para cuando se instaló el equipo, me la pasaba todo el día y a veces la noche en el Teatro Ferrocarrilero, que se encontraba enfrente de la Primera Unidad de Tlatelolco.

El 8 de mayo, en una reunión en el edificio Atizapán, un amigo de mi hermano, que lo apodábamos el Nipón, me comentó “que yo le gustaba a una chica del edificio Chamizal”. Me reí y le dije: «Ah, qué bien», pues pensaba que sólo me estaba vacilando. Se trataba de Sábado, una chica súper hermosa, nortea, que hablaba con la sh —“shi, señor”—. Una mujer así nunca se fijaría en un greñudo como yo, pensé. Tantas veces me lo comentó el Nipón que le dije: «Bueno, preséntamela».

Sólo les diré que fue tan bella y emocionante mi relación con ella que me atreví a pedirle matrimonio a finales de diciembre. Ella no quiso. Después de insistirle muchas veces me dijo el porqué: no era que no me amara, sólo que quería ser independiente, y, lo que jamás me había dado cuenta, consumía pastillas. Ella había tenido un accidente en carretera y tuvieron que inyectarle morfina para el dolor. Tuvo triple fractura de fémur y, por un tiempo, le recetaron estimulantes para controlar el dolor después de la operación; pero siguió tomándolos aun cuando su rehabilitación terminó. Tenía cuatro años haciéndolo y

no podía dejarlo. Me ofrecí a apoyarla y le dije que no me importaba; ella no lo aceptó. Se cambió de domicilio sin decirme a dónde se iría; ni si quiera a su familia se lo dijo.

Me dolió mucho que ella se alejara de mí. Volví a caer en la depresión como con mi primer amor, no me importaba nada. No me lastimaba, pero empecé a ser irresponsable. En los últimos exámenes de la carrera en el IPN, un profesor se dio cuenta de que algo me pasaba; de hecho, de un grupo de treinta alumnos, sólo cinco tuvimos derecho a presentar examen final. Nos puso dos problemas, resolví uno, pero me dieron ganas de ir al baño. Le pedí permiso para ir y me lo negó, pues dijo que me iban a pasar las respuestas del examen, lo cual era imposible, pues nos daba un cuadernillo y nos dictaba los problemas a resolver, los datos eran los de la matrícula de la escuela. Nadie copiaba a nadie. 7104782, debías memorizarlo porque no te dejaba sacar nada, nos daba la pluma de tinta negra, no podíamos tachar ni intentar borrar lo que escribíamos. Me levanté y le aventé el cuadernillo y la pluma. Cuando abrí la puerta del salón, levantó su voz gruesa y dijo: «Mis mejores mulas se me echan». Ya no quería regresar a la escuela.

Debajo del edificio Churubusco había una jardinera como de sesenta centímetros, cuyo perímetro estaba forrada de mármol blanco con gris. Mis amigos y yo nos sentábamos ahí, era el lugar de reunión, le llamábamos La Oficina. Ese día del examen me tomé como seis caguamas y otro amigo, haciéndome el paro, tomó la misma cantidad. Como ya trabajábamos, teníamos dinero, así que esa noche fue de parranda.

Al otro día, fue a buscarme al departamento un gran amigo de ESIME Zacatenco, que también había presentado el examen. Me comentó que el profesor me estaba buscando. Con una cruda tremenda, lo fui a ver y platicamos. Me preguntó que qué me pasaba, le platiqué mi desamor y el motivo. El profesor me hizo ver que no sólo debía ayudar a esa persona que amaba, sino que había muchas personas con ese problema, que debería estudiar y ser trabajador, responsable y honesto. Me dio chance de presentar el examen en otro grupo al día siguiente por la tarde.

Me la pasé en la tina del departamento con agua fría, hasta hielos le eché para cortar la cruda. Me fui a presentar el examen, me sentía muy mal. Creo que no contesté bien mis dos problemas del examen, pero el profesor me pasó. Mi vida cambió. Me dediqué a trabajar y sólo jugaba fútbol los domingos. Ya no había cascaritas en el Cuadro de la Danesa. Sólo trabajaba. Recuerdo que me tocó

diseñar el mecanismo para bajar el cuadro del ayate de la Virgen de Guadalupe de la antigua Basílica, así como el mecanismo para izarlo a la nueva Basílica y cargarlo en el primer tramo para entregarlo a los guardias suizos que lo llevaron a la nueva Basílica el 12 de octubre de 1975.

A finales de noviembre de 1976, mis vecinas, Martes y Miércoles, le rentaron un cuarto a Sábado, ella había regresado. Un día me la encontré en el elevador, la saludé con un beso en la mejilla, como a una buena amiga. Llegamos al departamento y me invitó a pasar al cuarto que rentaba. Apenas estábamos empezando a platicar, cuando llegó mi exsuegra, la mamá de Miércoles, y Jueves, ya se había casado y no vivía ahí. La señora me corrió del departamento diciéndome que no podía permitir que estuviera en el cuarto que le rentaba a Sábado. Cuando anduve con su hija, sí podía, ahora no: las suegras son las suegras. Salimos del departamento y entramos al mío, pero, como mi mamá vio cómo me puse cuando Sábado se fue, también me dijo que no podíamos estar allí: las mamás son las mamás.

Bajamos y platicamos en La Oficina. Nos sentamos en el quicio de la jardinera del edificio Aguascalientes, como en nuestros tiempos felices. Me platicó que ya había dejado de tomar estimulantes y que había estado seis meses en una clínica. La verdad es que ya no quise continuar la relación con ella, pues, antes de cumplir el mes, de nuevo, se cambió sin despedirse.

En esa época ya estaba laborando y recuerdo que llegando de trabajar iba a cenar a una antojería que se llamaba La Wendy —cerca de La Oficina—, donde nos reuníamos los amigos. La dueña me estimaba tanto que me preparaba todo lo que le pedía: arrachera, carne asada, agujas norteñas marinadas en jugo de naranja; todo desde un día antes. Afuera de La Wendy había un poste verde de tres metros de altura con un farol que iluminaba muy bien, donde esperaba a mis amigos para salir a alguna fiesta. Estas fiestas no eran en la Unidad, sino en Tlatelolco, de conocidos y amigos. Éramos tantos y nos llevábamos tan bien que nunca faltaba una celebración de cumpleaños, o de años de casados, de los papás y mamás. Jugábamos mucho domino y hacíamos retas, además de juntarnos en la casa de mi amigo Jorge, en edificio Atizapán. Así fue hasta mayo de 1977.

Un sábado, cuando ya había cenado en La Wendy, estando parado, pasó una jovencita que ya había visto pero que nunca me llamó la atención porque era más joven que yo. Ella era Domingo. Esa noche ella iba arreglada con un vestido

tipo Chanel corto y de color *fiusha*, traía unos aretes de perlita, zapatos de color crema y de tacón de aguja de ocho centímetros que la hacía ver alta —era la primera vez que la veía maquillada—, y sus ojos cafés resaltaban entre todo el conjunto. Pero lo que más me llamó la atención fue su sonrisa, así como su corto pelo rizado, que era irresistible y que me daban ganas de tocarlo. La había observado desde que salió de la entrada del edificio Churubusco. Cuando pasó a mi lado le dije: «Adiós», y ella sólo sonrió. Tuve mucho tiempo para observar su belleza y, lo más notorio, su inocencia. Tuve tanto tiempo para observarla que me enamoré de toda ella. No dejaba de pensar en ese momento, tanto pensaba en Domingo que le escribía versos de amor, fue mi musa inspiradora.

Pasó un año siendo mi *crush*, como dirían ahora. Domingo era más chica que yo, pero la adoraba en verdad. Siempre fue un conflicto para mí pensar que me había enamorado de una jovencita. En esas fechas sólo iba a la escuela a ver cómo iba la organización de la entrega de diplomas en Zacatenco, la tan esperada graduación del 3 de agosto del 1976, y recoger boletos de rifas de automóviles para sacar fondos. Llegaba a Tlatelolco como a la una de la tarde y ella llegaba del CCH Vallejo media hora después. Nos quedábamos platicando como dos horas en La Oficina, donde llegaban todos de sus escuelas. Nos comprábamos un refresco, platicábamos, reíamos y reíamos, tal vez éramos como catorce entre hombres y mujeres; después todos subíamos a comer a nuestros respectivos edificios: Atizapán, Chamizal, Aguascalientes, Churubusco —donde ella vivía— y el Guelatao.

En ese año, una amiga de ella empezó a fijarse en un amigo y empezó a maquillarse para llamar su atención. Por nuestra parte, Domingo y yo, con el tiempo platicábamos mucho de todos los temas, y yo prestaba mucha atención a lo que decía y le daba mi opinión. Empezamos a hacer clic. Su amiga se dio cuenta de que me gustaba y le aconsejó que se maquillara. Domingo cada vez se ponía más bonita: su físico y su carácter alborotaron al gallinero, y yo tenía que decidirme porque había muchos contendientes. Entonces, la invité a mi fiesta de graduación, ahí pretendía decirle que me gustaba y que estaba enamorado de ella. Estuve feliz en la fiesta de graduación en el Hotel del Prado, en el centro de la ciudad y enfrente de la Alameda; además, hubo diploma, pastel, baile, porras y bebida.

Esa noche bailé como la mitad de la fiesta con la dueña de la antojería La Wendy, y Domingo, con un amigo, que era alto, delgado, de ojos claros y de su edad. Mis ojos, como cazadores furtivos, se centraron a los suyos hasta que volteó

a verme. Nos miramos, sonreímos. Con la mano derecha le hice la señal de ven. Dejamos a nuestras parejas, literalmente, bailando a solas. Nos encaminamos con una sonrisa maravillosa a la mitad de la pista. Mientras caminaba, oía que las campanas de victoria redoblaban y todo calló. El silencio apareció en mis oídos y, aunque todos bailaban, sonreían y cantaban, yo no escuchaba nada, sólo me iluminaban unos ojos relucientes y una sonrisa maravillosa.

Bailamos y nos divertimos toda la noche hasta que uno de mis amigos en estado inconveniente perdió la cordura: golpeó a un mesero, lo que me hizo controlar la situación. Ese día tan esperado no le pude declarar mi amor. Al siguiente día la invité al Centro porque tenía que cambiar una camisa que me habían regalado. Me le declaré y me dijo que sí. Pero no dejó que la besará, además, se retiraba de mis abrazos, sólo caminábamos agarrados de la mano. Desayunamos melón con nieve de limón.

Llegaba del trabajo a las siete treinta de la noche, manejando a 100 km/h, desde División del Norte y Calzada de Tlalpan, Centro de Procesamiento Nacional de la SHCP. Tenía que llegar a esa hora a más tardar porque a las ocho de la noche llegaba el papá de Domingo y no la dejaba salir.

Fue mi novia de 1978 a 1983 y mi esposa de 1983 a 2018. Los proyectos de vida durante el noviazgo y de casados fueron maravillosos. Así pasaron las mieles del amar y del amor, de 1968 a 1983, en la ciudad más bella de México.

Ahora en 2019, con el contraste de la bendita tecnología, he tenido grandes sorpresas, alegrías y tristezas.

Lunes me contactó. Tiene una hija. Comimos juntos algunas veces. Nunca, pero nunca, se dejará de amar al primer amor: la humedad de sus labios siempre humectará los míos, haciéndome sentir siempre joven, y la profundidad de su mirada siempre me perforará el corazón y pondrá alas a mi alma.

Martes desapareció por completo. Nunca volvimos a encontrarnos. Sus besos, su cintura y la temperatura de su cuerpo nunca abandonarán la sensibilidad de mi mente.

Miércoles tiene siete nietos. Me contactó el año pasado por Facebook. Tardé dos meses en aceptarla como amiga. La vi un jueves, mismo día que compartió en redes sociales la muerte de Jueves. Las vi en el Gayosso de Félix

Cuevas, a las dos de la madrugada. Desde que leí la noticia de la muerte de Jueves, me sentí desconsolado, rodaron lágrimas por mi cara y sentí cuánto la amé. Su recuerdo estará por siempre en mi mente. Te amo, Jueves.

Viernes, nunca volví a verle. Pero ese charco de agua en el piso del andador del túnel del tiempo me hace sentir como Moisés abriendo el mar. Siempre recordaré su bello cuerpo, deslizándose lentamente sobre el mío hasta que sus bellos botines de ante negro aterrizaron con un clic en el piso.

Sábado también me contactó por Facebook el año pasado. Me propuso que fuera a vivir con ella en su ciudad natal. Le pedí que me enviara una foto suya y nunca me la envió. Desistió a la semana.

Domingo, mi bella y noble esposa, con la que conviví cuarenta y seis años de intenso amor, de una lealtad inigualable, inusual, transparente y constante. Murió en 2018.

En este momento la vida parece mundana, pero es la realidad de lo que sucedió en mi vida. Hoy, en estos días de mayo, he pensado que me queda poco tiempo por vivir, por ello vuelvo a los lugares donde fui feliz, como dice la canción; pero Tlatelolco fue el mayor generador de felicidad, la suma de energía del propio lugar por los acontecimientos históricos, magia que permeó en cada piedra con la que fue construida durante todas sus etapas.

Yo, con tantos años de lealtad y el efecto de la soledad, los cuales me han hecho sentir como un carro de fricción que se ha liberado y que tiene tanta energía acumulada que quiere arrancar a 200 km/h, buscando empeñadamente en iniciar ahora un anuario de amor; tal vez en Tlatelolco, ya que su energía no me abandona en otros estados o en el mundo.

Hoy conoceré a Enero.  
Soy ingobernable.

Rubén Frola Jaime



*Crónicas de Tlatelolco* es un compendio de narraciones del Taller Crónicas de Tlatelolco impartido por Lilita Pesina y Jimena Jaso en el CCUT.

2019